



Una invitación a la peregrinación de justicia y paz (documento revisado)

“Queremos avanzar unidos. Desafiados por nuestras experiencias en Busan, desafiamos a nuestra vez a todas las personas de buena voluntad a poner los dones que han recibido de Dios al servicio de acciones transformadoras. Esta Asamblea llama a nuestras hermanas y a nuestros hermanos a unirse a nosotros en nuestra peregrinación. Que las iglesias sean lugares de sanación y de compasión y que sea posible sembrar las Buenas Nuevas para que la justicia crezca y la paz profunda de Dios reine en el mundo”. Mensaje de la 10ª Asamblea

I. La invitación a avanzar unidos

La Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias (CMI) celebrada en Busan en 2013 invitó a los cristianos y a las personas de buena voluntad de todo el mundo a unirse en una peregrinación de justicia y paz.

Interpelados por nuestras experiencias en Busan, exhortamos a todas las personas –jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, con capacidades diferentes y de otras religiones– a poner los dones que Dios les ha concedido para llevar a cabo juntos acciones transformadoras. En primer lugar, instamos a las iglesias miembros y a sus asociados a caminar juntos en aras de una búsqueda común, renovando la vocación de la iglesia por medio de la colaboración y la participación en las cuestiones más importantes en materia de justicia y paz, para la sanación de un mundo lleno de conflictos, injusticia y dolor.

Mediante nuestra participación en el don de Dios de la unidad y en la misión divina (*misio dei*) de justicia y paz, queremos responder al designio de Dios para este mundo convirtiéndonos en comunidades de justicia y paz y celebrando el espíritu de fraternidad de dichas comunidades.

II. Crecer en la comunidad: una peregrinación de justicia y paz

La declaración de la Asamblea sobre la unidad destacó que “la unidad de la Iglesia, la unidad de la comunidad humana y la unidad de toda la Creación están vinculadas entre sí. Cristo, que nos hace uno, nos llama a vivir en justicia y paz y nos impulsa a trabajar juntos por la justicia y por la paz en el mundo de Dios”.

El mensaje de la primera Asamblea del CMI celebrada en Ámsterdam en 1948 expresó el compromiso de las iglesias de “permanecer juntos”, un compromiso que las siguientes asambleas reafirmaron. Permaneciendo juntas, las iglesias trabajaron juntas en la formulación de declaraciones teológicas y participaron en la misión y el servicio comunes con la esperanza de que avanzarían juntas hacia el objetivo de la unidad visible.

Al declarar “queremos avanzar juntos” e invitar a todas las personas de buena voluntad a “unirse a nosotros en nuestra peregrinación”, los delegados de la Asamblea de Busan respondieron de una nueva forma a los desafíos contextuales contemporáneos que se plantean al testimonio y a la esencia misma de

las iglesias, a las necesidades de las personas y la Creación que anhelan la justicia y la paz, y a las percepciones de muchos jóvenes deseosos de ver signos de esperanza.

La 10ª Asamblea nos ayudó a ver que ya participamos en un camino común. Nuestros esfuerzos en pos de la unidad en nuestra fe cristiana son respuestas al don de Dios de la vida y a su llamamiento a crecer en la comunidad. Esta comunidad nos es dada por medio de la fe y del bautismo de la iglesia: es un don espiritual. Esta unidad en la fe también es genuinamente humana, en cuanto expresión de haber sido creados y bendecidos. Se manifiesta como una unidad basada en los valores centrales de la *koinonía* que establecen y garantizan una relación adecuada: la justicia y la paz.

Un cambio de este tipo, que implica pasar de una comprensión estática de la unidad a una comprensión más dinámica, puede ser complejo. Las diferentes culturas y tradiciones teológicas entienden y practican la “peregrinación” de distintas maneras. Al optar por el nombre de “peregrinación *de* justicia y paz” y no “*hacia* la justicia y la paz” o “*por* la justicia y la paz”, la Asamblea de Busan ya empezó a abordar estas cuestiones. La palabra “peregrinación” fue elegida para dar a entender que se trata de un camino que tiene un hondo significado espiritual y profundas connotaciones e implicaciones teológicas. Al definirse como “peregrinación *de* justicia y paz”, se especifica que no se trata ni de recorrer un camino hacia un lugar geográfico concreto, ni de una simple forma de activismo. Es un camino transformador que Dios nos invita a emprender en anticipación del designio final que el Dios trino tiene para el mundo. El movimiento de amor inherente al Dios trino se manifiesta en la promesa de justicia y paz, las cuales son señales del reino venidero de Dios, que ya es visible aquí y ahora allí donde pueden observarse la reconciliación y la sanación.

Los cristianos deben tomar parte en estos signos del reino de Dios y luchar por ellos en respuesta a la voluntad y la promesa de Dios. La peregrinación de justicia y paz se basa, por lo tanto, en la misión de Dios para el mundo y en el ejemplo de Jesús. Seguir a Jesús significa ir a su encuentro allí donde las personas sufren a causa de la injusticia, la violencia y la guerra. Experimentar la presencia de Dios junto a los más vulnerables, los heridos y los marginados es una experiencia transformadora. Vivificados en el Espíritu, los cristianos descubren su más profundo poder y energía para la transformación de este mundo injusto, uniéndose con otras comunidades religiosas y personas de buena voluntad como compañeros en el camino.

La búsqueda de la unidad cristiana “para que el mundo crea” y comprenda la unidad de todo el cosmos como objetivo final de la promesa escatológica del reino de Dios, sigue siendo el principal motor que nos impulsa en nuestro camino común como movimiento ecuménico. Caminando juntos, invitamos a los demás a unirse a nosotros en aras de la sanación y la reconciliación de este mundo asolado por el sufrimiento y el conflicto.

III. Contextos de la peregrinación a escala local y mundial

La peregrinación tiene lugar en un mundo que reclama la actuación de los cristianos y de todas las personas de buena voluntad. Sea en el ámbito de la ecología, la economía, la paz o la dignidad humana, los cristianos se topan con hechos, tanto en el plano local como mundial, que constituyen una afrenta a los valores evangélicos de la justicia y la paz.

Paradójicamente, al mismo tiempo que asombrosos descubrimientos abren nuevos horizontes en la ciencia, la medicina, la alfabetización y el comercio, el planeta se encuentra al borde del desastre y la vida misma está en peligro. La tambaleante economía mundial deja a millones de personas desocupadas y exacerba la desigualdad y la pobreza tanto en el Norte como en el Sur. Las iglesias de todo el mundo luchan para hacer frente a las consecuencias. Las poblaciones de África y de otros continentes ven cómo sus ricas reservas naturales son exportadas, mientras sus propias vidas siguen sumidas en la pobreza. Del Pacífico del Sur a Europa y América del Norte, la subida de los niveles del mar y las pautas meteorológicas violentas azotan a comunidades enteras. En un contexto de cambios geopolíticos, la violencia generalizada

y las guerras civiles y entre los países y las poblaciones afectan a los medios de subsistencia de las familias de Oriente Medio (especialmente en Siria e Iraq), África y Asia, haciendo que millones de personas huyan para encontrar refugio o que emigren a tierras más prometedoras. Por su parte, la migración forzosa hace que las personas vulnerables queden expuestas a la trata humana. De hecho, la violencia y los malos tratos parecen afectar desmesuradamente a las mujeres y las niñas, cuyos dones son subestimados, cuyos cuerpos son a menudo violados y a quienes frecuentemente se les niega incluso la educación. Y, por encima de todo esto, está el potencial letal de las armas nucleares, que parece someter al mundo a un juego de azar.

A la vez que hacen frente a estas realidades más amplias, las iglesias también deben atender a sus propias situaciones que están cambiando de un modo decisivo. Los cristianos interactúan diariamente, de una forma sin precedentes, con personas de otras tradiciones religiosas, quizás incluso dentro de sus propias familias. En su búsqueda de nuevas formas de auténtico discipulado, los cristianos de todas partes del mundo muestran un nuevo interés por la espiritualidad y las tradiciones espirituales. Mientras que las iglesias del Sur global tienden a experimentar un crecimiento extraordinario, las iglesias en Europa y América del Norte tienden a ver cómo sus congregaciones, envejecidas y más pequeñas, aumentan con nuevos miembros cuyos orígenes culturales son muy diferentes. Si bien las mujeres siguen avanzando en el acceso a puestos de responsabilidad, la desigualdad de género sigue persistiendo en las iglesias. La participación de los jóvenes también suele ser insuficiente o simbólica, a pesar de que en muchas sociedades son cada vez más numerosos y desempeñan un papel importante. Al mismo tiempo que las líneas denominacionales se desdibujan, las iglesias exploran nuevas formas de abordar la predicación y la oración, buscando nuevas maneras de dar testimonio juntos como iglesia e identificando nuevos líderes que tengan la educación y el discernimiento adecuados para guiar al pueblo de Dios en este nuevo día.

El movimiento ecuménico también se ha adaptado a esta nueva era de diversidad y desafíos. Está muy atento a la dimensión espiritual de la búsqueda de la unidad y está redefiniendo la misión y el servicio. Afirma y trabaja con la gran diversidad de comunidades cristianas, aun cuando tiende la mano a otras tradiciones culturales por medio del diálogo y la colaboración. Por encima de todo, busca desarrollar la comunidad, coordinar las actividades de defensa y promoción y promover la solidaridad de los cristianos y de las iglesias en todos los lugares.

Al avanzar juntos, las iglesias, los asociados ecuménicos y otros interlocutores pueden aprovechar los resultados de las conversaciones ecuménicas de la Asamblea y de importantes documentos de referencia, tales como:

La Iglesia: hacia una visión común,

Juntos por la Vida,

AGAPE: llamamiento a la acción

Llamamiento a la paz justa,

cuyos estímulos culminaron en la *Declaración sobre la Unidad* de la Asamblea de Busan, así como en su llamamiento a unirse a la *peregrinación de justicia y paz*.

IV. Participación en la peregrinación

Los peregrinos en camino avanzan con ligereza cuando descubren que lo único que cuenta es lo esencial y necesario. Están abiertos a las sorpresas y listos para ser transformados por los encuentros y las dificultades que encontrarán en el camino. Todo el que ande junto a nosotros con la mente y el corazón abiertos será un compañero bienvenido (“aquellos con quienes compartimos nuestro pan”). La peregrinación promete ser un camino transformador, que nos permite descubrirnos a nosotros mismos bajo una nueva luz, en nuevas relaciones de justicia y paz.

¿Dónde vemos a Dios llamando a la justicia y la paz y la unidad de las iglesias y de toda la humanidad, obrando por ellas? Entre los participantes en la peregrinación de justicia y paz habrá individuos, parroquias y comunidades a nivel local, regional e internacional que volverán a evaluar las necesidades más

apremiantes en sus contextos específicos, reflexionarán acerca de ellas teniendo en cuenta los valores evangélicos y se inspirarán para actuar de manera concertada con los demás.

La peregrinación podría constar de al menos tres **dimensiones** distintas, que implican una comprensión no tanto linear, sino más bien dinámica e interdependiente.

- **Celebrar los dones (*vía positiva*)**

No emprendemos el camino con las manos vacías, no andamos solos. La “bendición original” de haber sido creados a imagen de Dios y de estar unidos, como comunidad, hace que constituyamos una parte única del tejido más amplio de la vida, que suscita nuestro asombro. Juntos celebramos el gran don de Dios de la vida, la belleza de la Creación y la unidad de una diversidad reconciliada. Nos sentimos empoderados por la gracia de participar en el movimiento divino de amor, justicia y paz. Recibimos en la oración.

- **Visitar las heridas (*vía negativa*)**

Esta peregrinación nos conducirá a lugares de repulsiva violencia e injusticias. Tenemos la intención de buscar la presencia encarnada de Jesús en medio del sufrimiento, la exclusión y la discriminación. El verdadero encuentro con las experiencias contextuales reales de una Creación quebrantada y un comportamiento pecaminoso de unos para con otros puede darnos una nueva visión de la esencia de la propia vida. Nos puede conducir al arrepentimiento y, en un acto de purificación, liberarnos de la obsesión del poder, de las posesiones, del ego y de la violencia, para que nos parezcamos, más que nunca, a Cristo. Escuchamos en la oración.

- **Transformar las injusticias (*vía transformativa*)**

Al ser nosotros mismos transformados, la peregrinación puede conducirnos a emprender acciones concretas de transformación. Es posible que adquiramos el coraje necesario para vivir en verdadera compasión los unos con los otros y con la naturaleza. Ello implicaría tener la fortaleza de resistir al mal, a la injusticia y la violencia, incluso cuando una iglesia se encuentra en una posición minoritaria. La justicia económica y ecológica, así como la sanación de los heridos y la búsqueda de una reconciliación pacífica, son nuestra vocación, en todos y cada uno de los contextos. La credibilidad de nuestras acciones puede ser fruto de la calidad del espíritu de comunión que compartimos, de nuestra comunidad *de* justicia y paz. Nos transformamos por medio de la oración y actuamos en la oración.

Creemos que la oración del Padrenuestro nos ayudará, guiará y conducirá en nuestro camino juntos.

V. La función del CMI en la peregrinación de justicia y paz

Centrándose en la comunidad de iglesias y en su función de convocación, coordinación, facilitación y orientación, el CMI se compromete a “poner la mesa” para las iglesias y otras organizaciones y comunidades, tales como las comuniones cristianas mundiales, los ministerios especializados, las organizaciones interreligiosas y los movimientos espirituales, a fin de que puedan compartir la espiritualidad y las prácticas desarrolladas en su búsqueda de la transformación en aras de la justicia, la paz y la sostenibilidad.

El CMI no solo debe alentar y facilitar la participación de las iglesias miembros y los asociados ecuménicos, sino también la suya propia. La peregrinación de justicia y paz constituye un aspecto central y fundamental en la planificación estratégica del CMI junto con las iglesias y los asociados ecuménicos para renovar y consolidar nuestra unidad en la diversidad, nuestra participación en la misión de Dios, nuestra formación ecuménica y nuestro testimonio público de la paz justa.

Los objetivos generales del Consejo para el próximo período reflejan las dimensiones básicas de la peregrinación de justicia y paz: Estos temas son los siguientes:

- **El fortalecimiento de la comunidad:** mientras caminan y trabajan conjuntamente, las iglesias miembros y los asociados ecuménicos experimentan el don de la unidad;
- **El testimonio conjunto:** al avanzar al unísono, las iglesias y los asociados ecuménicos pueden abogar conjuntamente por la justicia y la paz;
- **El fomento de la espiritualidad, la reflexión y la formación:** al dar un testimonio conjunto la comunidad de iglesias se fortalece mediante el desarrollo de la espiritualidad;
- **El fomento de la confianza y la comprensión:** al trabajar conjuntamente por la justicia y la paz, se necesita colaborar con todas 'las personas de buena voluntad';
- **La comunicación innovadora e inspiradora:** al caminar, dar testimonio, aprender y colaborar, se necesita una comunicación innovadora e inspiradora para tener un efecto visible.

Estos objetivos generales del Consejo con respecto a su participación en la peregrinación de justicia y paz quedan reflejados en su labor programática. En cuanto eje de un programa de siete años, la peregrinación de justicia y paz combinará iniciativas comunitarias y actividades nacionales e internacionales de defensa y promoción de la **paz justa**, centradas en

- economías que afirman la vida,
- el cambio climático,
- la reconciliación y la consolidación de la paz de forma no violenta, y
- la dignidad humana

con un análisis, estudio y reflexión permanentes de lo que significa para las iglesias participar en una peregrinación de justicia y paz en el mundo actual.

Un proceso de reflexión teológica al respecto, junto con los trabajos de la Comisión de Fe y Constitución, la Comisión de Misión Mundial y Evangelización, la Comisión de las Iglesias para Asuntos Internacionales y toda la labor programática del CMI, deben ser un elemento central de la peregrinación. Mediante la participación en la peregrinación, se aúnan la unidad, la misión y el servicio de las iglesias y sus asociados, produciéndose una dinámica interacción entre ellos.

Para garantizar un proceso participativo y transparente, el CMI:

- Cooperará estrechamente con las iglesias y los asociados ecuménicos en el desarrollo de la acción y la reflexión en el marco de la peregrinación, así como en la promoción de la puesta en común de las aportaciones y los recursos.
- Facilitará la reflexión sobre la peregrinación y las medidas que deberán adoptarse periódicamente en todas las comisiones y órganos consultivos.
- Establecerá un grupo de referencia con expertos en distintos aspectos de la peregrinación, y representantes de los órganos rectores y consultivos pertinentes y de los asociados ecuménicos. Este grupo de referencia será un instrumento flexible cuya composición cambiará en función de las prioridades y de los puntos en los que se haga hincapié.
- Concederá suficiente tiempo en cada una de las reuniones del Comité Central para el seguimiento de la peregrinación por parte del Comité de Programas y para el debate de las cuestiones apremiantes en el contexto de la peregrinación.

VI. Iglesias en la peregrinación de justicia y paz

Las iglesias unidas junto con sus asociados ecuménicos, tanto en sus propios contextos como a través de la cooperación en el plano internacional, serán los principales actores de la peregrinación. Aunque esta peregrinación es una invitación y también una oportunidad para que los individuos, las parroquias y las comunidades participen en el movimiento *de* justicia y paz. Este proceso de transformación incluirá vivir experiencias, compartir, escuchar, orar, hacer penitencia, dar testimonio, sensibilizar, reflexionar y actuar.

Las siguientes preguntas pueden ayudarles a prepararse para la peregrinación en sus propias familias, iglesias o comunidades locales, unidos en la comunidad ecuménica:

- ¿Cuál es la promesa de una peregrinación entendida desde el punto de vista de la Biblia?
- ¿Cómo entienden la peregrinación de justicia y paz en sus contextos?
- ¿Cuál es la promesa de una peregrinación?
- ¿Con quiénes desean recorrer este camino?

- ¿Cuáles son sus experiencias del don de la vida y del don de la Creación? ¿Cómo los celebran?

- ¿Cuáles son las heridas en sus contextos?
- ¿Cómo tienen previsto visitar las heridas del prójimo y del medio ambiente natural?
- ¿Qué tipo de transformación experimentan?
- ¿En qué aspectos se centrarán?

- ¿Cuáles son las posibilidades reales de transformar la injusticia y la violencia?
- ¿Cuáles son las acciones propuestas que están dispuestos a emprender en sus contextos?

Al final, Dios nos invita a unirnos a esta peregrinación divina con alegría, humildad, coraje y compromiso, orando:

Somos una comunidad en movimiento, una comunidad de peregrinos. Juntos, caminamos hacia la vida en toda su plenitud. Oramos por que Dios nos guíe e inspire, de forma que nuestra peregrinación nos abra los unos a los otros por medio de una interacción creativa y dinámica a favor de la justicia. ¡Dios de vida, condúcenos a ser instrumentos vivientes de tu justicia y tu paz!